

# CARTA EDITORIAL

## **El fin también respira**

*Sebastián Padilla Sámano*

La muerte siempre es repentina, aun cuando se le espera o se le encuentra enterrada en las raíces de lo que fue. En los conflictos que persisten en Ucrania, Palestina, los territorios mexicanos donde la violencia ha redibujado los límites de lo vivible; en los desplazamientos que convierten la pérdida en geografía, en la precariedad que adelgaza la vida hasta volverla estadística, la muerte se ha instalado como condición ordinaria del presente. No como hecho puntual, sino como atmósfera; algo que respira junto a nosotros.

Ese desplazamiento obliga a preguntar qué ocurre cuando la muerte deja de ser un cierre. Frente a los cuerpos que alguna vez fueron madre, amigo, vecino, enemigo —cuerpos despojados de subjetividad pero no de historia ni de resonancia, lo que permanece no es silencio sino una voz diferida, cuyo peso de lo que fue, a pesar de todo, sigue interpelando a quienes continúan. La ausencia no cancela, otorga estructura. El vacío no es carencia sino la forma que adquiere algo que existió y, pese al tiempo, sigue haciendo trabajo psíquico.

Pensar la muerte desde ahí implica abandonar la lógica de los opuestos. Vida y muerte no son estados contradictorios que se excluyen: son condiciones que coexisten, se atraviesan y se requieren. La muerte, también la simbólica, la de los proyectos, los vínculos, las versiones de uno mismo que se abandonan al transitar, no clausura la experiencia sino que la replantea. Morir algo es condición de construcción: lo que se deja ir abre el terreno para lo que puede ser. Hay en esa lógica una capacidad de elaboración que no ignora la destrucción, sino que la atraviesa.

Lo que aquí se reúne no pretende clausurar la pregunta sino habitarla. Amapolas la sostiene de frente, como eje. Alas la bordea desde los márgenes donde el pensamiento contemporáneo señala qué le preocupa y hacia dónde mira. Ébano la encarna: es el lugar donde la muerte y el cuestionamiento de la vida no se explican sino que se dicen, desde adentro, en la palabra que no argumenta sino que siente.

Porque incluso en medio del fin, algo sigue respirando.